

# Tiempos de la historia, duración del mito

Adolfo Gilly<sup>1</sup>

*Especialista notable en el análisis de nuestro periodo revolucionario, Adolfo Gilly, autor de Cada quien morirá por su lado, reflexiona en este ensayo sobre la conformación de la División del Norte, sus tiempos y sus mitos, en los que se enlazaron los destinos de dos de los más notables militares de su tiempo: Francisco Villa y Felipe Ángeles.*

## DEDICATORIA

Quiero dedicar esta reflexión a Álvaro Mutis, el Gaviero, y a dos de sus amados personajes míticos, Alar el Estratega y el *Tramp Steamer*, cuya tinta roja se me ha filtrado a veces sin que yo lo supiera en la tinta negra de mis historias, las escritas, las soñadas, también las silenciadas.

Escribí allá por 1978 un esbozo de cuanto hoy y aquí tengo que decir sobre la División del Norte, sus tiempos

y sus mitos. No será lo mismo, habrán cambiado sucesos, colores y texturas, pero no los hilos de ideas y sentimientos que conformaron el frente y el envés del paño de esta historia de amores y de guerras.

Álvaro Mutis, al cerrar su relato de *La última escala del Tramp Steamer*, cuenta cómo escuchó del capitán de ese barco ya hundido, vino blanco y anochecer mediando, una historia de viajes y de amores. Al otro día partían a destinos diferentes. El capitán habló por largo rato. Después se despidieron, alta la noche:

*Antes de entrar en un sueño que necesitaba sobremedida, alcancé a meditar en la historia que había escuchado. Los hombres —pensé— cambian tan poco, siguen siendo tan ellos mismos, que sólo existe una historia de amor desde el principio de los tiempos, repetida al infinito sin perder*

<sup>1</sup> Tiene este escrito su lejano origen en “La División del Norte y Pancho Villa: el tiempo de los héroes y los mitos” en Adolfo Gilly, *Arriba los de abajo*, México, Océano, 1986, 121 pp., pp. 35-57. Sobre el mito en la historia: Rhina Roux, “El mito, la tierra, el Príncipe” en Adolfo Gilly y Rhina Roux, *El tiempo del despojo*, México, Ítaca, 2015, 191 pp., pp. 61-97.



Obregonistas en locomotora, 1920

*su terrible sencillez, su irremediable desventura. Dormí profundamente y, contra mi costumbre, no soñé cosa alguna.*<sup>2</sup>

Y como las del amor, así las historias de las guerras.

### 1.

La División del Norte atraviesa la historia mexicana como una fuerza del destino: irresistible, fugaz y violenta, cuando ha terminado su rápida carrera —cenit y nadir— ha trastocado la suerte de cuanto y cuantos tocó a su paso y ha sido ella misma aniquilada.

Esa fuerza está compuesta de hombres y mujeres, soldados y soldaderas, y es el tejido de sus vidas, sus esperanzas y sus voluntades entrecruzadas lo que da ese resultado ineluctable, no querido por ninguno pero producido por todos, que es la trayectoria fulgurante de la División y de su jefe Pancho Villa.

<sup>2</sup> Álvaro Mutis, *La última escala del Tramp Steamer*, Ediciones del Equilibrista, México, 1990, p.101. Álvaro Mutis, *La muerte del estratega. Narraciones, prosas y ensayos*, FCE, México, 2004, 214 pp., “La muerte del estratega”, pp. 73-88.

De este tejido está hecho el destino, la suerte, aquella otra fuerza ajena a la voluntad humana que parece decidir los acontecimientos de la revolución:

En el Cerro de la Mora  
Le tocó la mala suerte,  
Lo tomaron prisionero,  
Lo sentenciaron a muerte.<sup>3</sup>

Ese destino no es del todo indescifrable. Es posible descubrir la trama tejida en sus hilos. En la División del Norte hay que escudriñar el conflicto entre clases que mueve su acción, los lazos que unen a sus componentes y el cuadro nacional en el cual esta fuerza armada se mueve: los hilos verticales, los hilos horizontales, el bastidor. Contra ese fondo adquiere sentido, relieve y lógica la figura única del general Francisco Villa, el jefe que la organiza, la encabeza y en el tiempo histórico la encarna.

### 2.

La División del Norte es un ejército de trabajadores rebeldes contra el Antiguo Orden. Proviene ellos, al igual que su caudillo, de la forma de expansión del capital en el norte de México: haciendas, ferrocarriles, minas; de las costumbres de los hombres de a caballo de ambos lados de la frontera; y de la crueldad de las guerras de conquista de los territorios indios.

Esos personajes se nos aparecen en *Meridiano de sangre*, de Cormac McCarthy; en *Cuentos de soldados y civiles*, de Ambrose Bierce; en *Gringo viejo* de Carlos Fuentes; en *Vámonos con Pancho Villa*, de Rafael F. Muñoz; en *Cartucho*, de Nellie Campobello; o, tiempo después, en *Una muerte sencilla, justa, eterna*, de Jorge Aguilar Mora, libro por el cual Friedrich Katz tenía singular aprecio.

Ya no son ellos simple fuerza de trabajo mal pagada por un salario de la hacienda, el comercio, la mina o el ferrocarril. Son seres humanos organizados en ejército con un objetivo propio. A él se han incorporado con sus caudillos y dirigentes locales, llevados estos a la División como oficiales y, en cierto modo ambiguo, también como “representantes” de los hombres a su mando. La figura de Pancho Villa es como la culminación y el símbolo de esa relación. Se alza por encima de ella y a la vez depende de ella y la encarna.

Tales lazos no existen en los ejércitos de Obregón o de Pablo González. Ciertamente, una esperanza de tierra y libertad los une con el programa vagamente expuesto por sus jefes, que se radicalizan cuando tienen que enfrentar a la División del Norte. Pero estos son jefes y en sus actos, sus modos y sus gustos la tropa no se siente refle-

<sup>3</sup> Corrido de la muerte del general Felipe Ángeles.

jada. Son gente de otra clase, aquella de la cual salen los patrones o esos funcionarios estatales que se comportan como patrones.

Si en cada soldado raso hay un Pancho Villa en potencia, en ninguno hay un Carranza o un Obregón. Por eso en la memoria colectiva del pueblo mexicano no está el ejército revolucionario de Álvaro Obregón sino el de Pancho Villa, esa memoria que aún pervive en los corridos, en los elogios y en las imprecaciones. La División del Norte resultaba tan sencilla, comprensible y lógica para el pueblo como enigmática y en parte irracional se les aparecía a las clases altas de la sociedad. Mientras estas eran dueñas de la prensa y la escritura, aquellos cantaban y escuchaban los corridos.

### 3.

Esa relación la percibió con agudeza Friedrich Katz cuando remitió los hábitos guerreros de los villistas a la herencia de las colonias militares que a partir de la mitad del siglo XVIII fueron la forma de conquista y colonización de la frontera:<sup>4</sup>

La ideología de los campesinos de las colonias militares muestra un conjunto de características especiales que se reflejan en forma impresionante en el propio Villa. Esa gente había combatido por más de un siglo contra los apaches —una guerra conducida con dura severidad y despiadada crueldad. Nunca se tomaban prisioneros y se usaban todos los medios posibles para hacer la guerra. Esta misma tradición se prolongó hasta los días de la revolución, con el resultado de que quienes la conservaron se veían a sí mismos como una elite combatiente. “Defendimos a la civilización contra el ataque de los bárbaros”, escribían con orgullo a Porfirio Díaz los habitantes de Namiquipa. Ellos despreciaban a quienes no habían combatido.

El derecho a la tierra no se deriva simplemente de la herencia, sino que tenía que ser constantemente reafirmado y defendido en el combate. Sólo el hombre que cumplía con su deber en el combate tenía derecho a adquirir un pedazo de tierra. [...] Mucho del modo de pensamiento de estos pioneros mexicanos se reflejaba en la ideología de Villa.

De esta raíz se nutren el misterio y el desorden que la figura de Francisco Villa sigue introduciendo en la historiografía y en la conciencia institucionales, ese malestar que permea los discursos de los homenajes oficiales y los vuelve aún más retóricos, esa torpeza involuntaria con que siguen manejando todavía hoy, un siglo

<sup>4</sup> Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, Era, México, 1982, pp. 168-169.

después, su nombre y sus estatuas. Este desorden es saludable y necesario como testimonio de que la Revolución mexicana, en su fondo último e irreductible, no es recuperable para el orden de cosas que surgió de ella después y se afirmó a partir de 1940, ni para las ideologías que lo defienden.

Sucede también que en los términos de la moral en la cual tales ideas se expresan, Pancho Villa, a diferencia de otros jefes de los ejércitos revolucionarios, resulta inclasificable, indomesticable e inexplicable. Se lo ha llamado “bandido social”, contradicción en los términos que suele aparecer cuando el objeto en cuestión escapa a los límites del pensamiento que quiere comprenderlo. Aquí nuevamente Friedrich Katz abre las puertas de la razón:<sup>5</sup>

Si la palabra “bandido” se utiliza para denominar a alguien carente de una ideología coherente, cuyo objetivo fundamental es obtener riqueza para sí mismo, no se aplica a Villa. [...] Su interés en el dinero era limitado. Mientras literalmente millones de dólares pasaron por sus manos, conservó muy poco para sí. Para él, el dinero era un medio para alcanzar el poder, para fortalecer su ejército, para asegurarse la lealtad de sus subordinados y para lograr transformaciones sociales. Algunos de los métodos que utilizó —la ejecución de prisioneros y la imposición de préstamos forzosos sobre los ricos— se mencionan a menudo como características de un bandido. En realidad estos mismos métodos fueron utilizados prácticamente por todos los dirigentes y facciones en la Revolución mexicana, aunque habitualmente se trataba de disimularlos.

Tampoco la expresión “revolucionario agrario” basta para describir a Villa. Aunque se interesaba mucho en el campesino, mostraba igual interés por los pobres de las ciudades. [...] En conjunto, Villa era una compleja mezcla de revolucionario social y caudillo del siglo XIX.

### 4.

Cultivaba Villa, conocido secreto de los grandes jefes militares, el afecto y el cuidado por los hombres de su ejército, junto con la reserva y aun el misterio ante ellos. Compartía esta conducta, cada uno en sus tan diversos orígenes, educación y estilos, con el general hidalguense Felipe Ángeles, ese que en diciembre de 1918 volvió de su austero exilio para jugarse la suerte con la causa perdida de la guerrilla villista; ser apresado el 19 de noviembre de 1919 y juzgado por un Consejo de Guerra reunido en Chihuahua en el Teatro de los Héroes el día 24, ante un público vasto y anhelante que lo escuchaba y cobijaba; condenado a muerte el día 25 poco antes de

<sup>5</sup> Friedrich Katz, *op. cit.*, pp. 170-171.

medianoche; y fusilado el 26 de noviembre a las 6:45 de la mañana.<sup>6</sup>

Después, ya en su retiro en la hacienda de Canutillo, Pancho Villa dio el nombre de Felipe Ángeles al amplio local y bien provisto de la escuela primaria de la hacienda. Con Friedrich Katz y amigos duranguenses tuvimos la fortuna de visitarla un día. En el escritorio pudimos ver un pequeño busto del general Ángeles. Quien pase por alto o no alcance a entender la esencia y la persistencia de esta amistad guerrera tendrá dificultad insuperable para comprender las relaciones entre los jefes y los combatientes de la División del Norte y, entonces, saber de qué se trata en los ejércitos de una revolución.

Así consideradas, las relaciones de Villa con su ejército —oficiales y soldados— presentan dos aspectos. Uno es la necesaria relación de subordinación militar, condición de la unidad de mando sin la cual ningún cuerpo armado organizado es posible. El otro es su identificación con la psicología, los valores, el código moral que unen a sus hombres entre sí y a través de la cual ellos lo consideran como uno de los suyos, el primero entre todos, y le reconocen la autoridad y el mando.

Debe así llenar las condiciones del héroe que, en situación normal, no son requeridas a los jefes al frente de la maquinaria de los ejércitos institucionales cuyo respaldo está en el Estado; y menos aún a aquellos que, a miles de kilómetros de distancia del escenario de la acción, recurren a los drones para eliminar enemigos.

Son raros los militares que se suman a una revolución. No son aquellos que han querido hacer carrera sino los que quisieron hacer milicia. Más que alcanzar honores, búsqueda natural en toda corporación —eclesiástica, académica, militar—, esos van tras el ideal de la vida heroica y de la bella muerte. Jean-Pierre Vernant lo define de este modo:<sup>7</sup>

...en el ideal heroico, un hombre puede querer elegir ser el mejor, siempre y en todo, y para probarlo va continuamente, según la moral guerrera en el combate, a colocarse sin vacilar en primera fila y a poner en juego, cada día, en cada enfrentamiento, *su psukhé*, él mismo, su propia vida, todo. ¿Por qué todo? Esta concepción de una forma de vida que se apega a un sentido del honor, la *timé*, hace también que todos los honores de Estado, los honores establecidos, no tengan valor alguno.

Esa condición de héroe, propia de un mundo anterior a las relaciones sociales en el universo del capital y las finanzas, requiere de ese jefe una comunicación di-

<sup>6</sup> Rubén Osorio, "General Felipe Ángeles: Consejo de Guerra y fusilamiento" en Adolfo Gilly (compilador), *Felipe Ángeles en la Revolución*, Era, México, 2016, 308 pp., pp.153-200.

<sup>7</sup> Jean-Pierre Vernant, *La traversée des frontières*, Éditions du Seuil, Paris, 2004, "La mort héroïque chez les Grecs", pp. 69-86.

recta con los hombres que dirige y con el pueblo en el cual se sustenta. Son estos los que se reconocen en el héroe, sin lo cual él no existe. Pero no actúa así por una opción consciente o por un deber, sino porque el hacerle está en la educación vivida por sus acciones y sus sentimientos; en otras palabras, está en su naturaleza y en sus reflejos.

Tales jefes, además de la acción en la cual se realizan, necesitan el gesto, la presencia y la palabra, esos medios con los cuales se comunican porque provienen de un mundo que, como el de los héroes antiguos, no conoce casi la comunicación escrita sino sólo la oral y la teatral.

## 5.

En las leyes de la guerra el respeto ganado exige ser mantenido y confirmado en permanencia. No es un título profesional —abogado, ingeniero, general, obispo, rey— que se concede de una vez para siempre. Es uno de esos pactos entre humanos que se renuevan y vuelven a ponerse a prueba en cada ocasión. Exige no faltar a ninguno de los deberes del héroe, que son deberes con la comunidad que lo reconoce como tal aunque se presentan como si fueran cualidades personales.

El primero es la valentía como rasgo del propio carácter. Su complemento suele ser, aunque no de necesidad, la crueldad, aceptada cuando acompaña al arrojo como un exceso y no a la cobardía como un defecto.

En su obra clásica *El mundo de Odiseo*, M. I. Finley escribía:<sup>8</sup>

Guerrero, héroe: dos sinónimos y una civilización guerrera que se organiza en torno a dos temas fundamentales: la valentía, el honor. La valentía es la virtud esencial del héroe, el honor su fin esencial. Toda norma, todo juicio y toda acción, todo conocimiento práctico y talento tienen como función ya sea definir el honor, ya realizarlo. La vida misma no es un impedimento para ello. Los héroes homéricos aman la vida violentamente, como hacen y sienten todas las cosas con pasión. Imposible imaginar seres más ajenos a la psicología del mártir. Y sin embargo, la vida misma debe hacerse a un lado ante el honor. Los dos personajes principales de la *Iliada*, Aquiles y Héctor, están destinados a vida breve: ambos lo saben. Si son héroes no es porque ante el llamado del deber marchan orgullosamente hacia la muerte, entonando cantos de gracias a Dios y a la patria. Muy al contrario, se rebelan abiertamente contra su destino: Aquiles no cesa de quejarse hasta en el Hades. Pero, al llamado del honor, obedecen al código moral sin flaquezas y sin vacilaciones. [...]

<sup>8</sup> M. I. Finley, *Le monde d'Ulysse*, François Maspero, Paris, 1978, p. 139.

Los testimonios de lo que se ha llamado la poesía heroica campesina, hecha de epopeyas, de composición oral, recitadas en el ambiente campesino más que en los castillos de la nobleza (se trata de un tipo muy difundido en muchas regiones de Europa y de Asia), nos dan a conocer el mismo tipo de relatos que la epopeya aristocrática de Homero, también el mismo tipo de héroes, con valores y virtudes completamente similares.

También así nos cuentan y nos cantan los corridos de la División del Norte.

Vienen después virtudes como la astucia; la justicia (hacia los propios y hacia los demás); la hospitalidad y su debida gratitud: el huésped es sagrado; el respeto a los lazos de sangre y parentesco; la virilidad, pues el héroe pertenece al mundo de los hombres y en la Revolución mexicana las mujeres, resueltas y valientes tanto como los hombres, siguieron tan oprimidas como siempre, pese a cuanto digan las mistificaciones folklóricas sobre las soldaderas.

## 6.

La División del Norte avanzaba. A su paso ajustaba cuentas. Los que por siglos habían temblado, los que habían sido humillados, los que habían soportado los tuteos, los insultos, los agravios y los golpes en silencio porque no podían hacer otra cosa, tenían que sentir una profunda satisfacción moral al ver a los antiguos poderosos humillarse y temblar. Seguramente había abusos y desmanes; incomparablemente menos, en cualquier

caso, que los acumulados durante siglos y los cometidos en esos días por el enemigo. La venganza de los de abajo se satisface con mucho menos sangre que la represión de los de arriba porque aquella no quiere defender la opresión de ninguno sino solamente restablecer la justicia ofendida y el respeto debido.

En su *México insurgente*, John Reed describió, con pasión y raro oficio de cronista, vida y marcha de la División del Norte. En su libro los rasgos de los héroes campesinos y sus mutuas relaciones aparecen marcadas con nitidez clásica y a la vez comprensible para sus iguales. En la revolución villista se afinó su mirada para ver después esos rasgos en la Revolución rusa de 1917 y escribir sus *Diez días que conmovieron al mundo*.

Carlos Fuentes lo llamó “el Homero de los pobres”. La comparación es legítima. Reed es cantor de una epopeya que para el México de estos tiempos es lo que habían sido para el mundo griego las míticas historias de Homero o de las guerras del Peloponeso. A fines del siglo XX, cruzando juntos el desfiladero de las Termópilas, escuché a Michel Pablo, mi viejo amigo y compañero griego, relatarnos con fervor de cronista la legendaria batalla librada en el año 480 a.C. Allí Leónidas con trescientos guerreros espartanos intentó detener el avance del innumerable ejército persa de Jerjes. Murieron los trescientos, según dicen las crónicas, pero retardaron la ofensiva, cambiaron la suerte de la guerra y se volvieron mito en las historias del mar Mediterráneo.

Hablo de episodios que así perduran en la memoria del pueblo, en los corridos y en las anécdotas, cuando digo que Pancho Villa y la División del Norte son ya mito en la historia mexicana. Y si en esas leyendas de la



© Fototeca INAH / Casasola

Carranza y Obregón en el aniversario de la batalla de Celaya, 1919

División los dioses no aparecen es porque ya no existían. Pero se presentaba a cada paso el destino, la fatalidad, el azar, ese dios con el cual ninguna otra actividad humana, según decía Clausewitz, tiene un contacto tan universal como la guerra. Lo registró también el corrido:

Yo no soy de los cobardes  
Que le temen a la muerte.  
La muerte no mata a nadie:  
La matadora es la suerte.

En esta epopeya noroesteña la figura de Pancho Villa toma color y dimensión de mito. Por eso nos sucede que todavía hoy, más de un siglo después, seguimos leyendo y refiriendo como cosas cotidianas narraciones de tonos tan diversos en torno a Pancho Villa y su División del Norte. De materiales tales están hechos los mitos verdaderos.

## 7.

De héroes, guerras, batallas, mitos y realidades sabía Lev Tolstoi. Sabía también de ese factor oculto e imponderable para tantos comentaristas de acciones militares: la moral de un ejército en campaña.

Como más de una vez ha sido dicho, este factor jugó en la suerte de los ejércitos de la revolución, primero en las batallas en que destrozaron y deshicieron al Ejército Federal, después en las diferentes suertes de las campañas en las que se enfrentaron en el norte los ejércitos de Pancho Villa y Álvaro Obregón, donde acabó disuelta la División del Norte; y en el sur los ejércitos de Emiliano Zapata y Pablo González, donde ni la felonía del general González pudo acabar a traición con el Ejército Libertador del Sur.<sup>9</sup>

Lo definió como nadie Liev Tolstoi en *Guerra y paz*, cuando relata la batalla de Borodinó:<sup>10</sup>

Algunos historiadores aseguran que Napoleón no tenía más que hacer entrar en acción a su vieja Guardia para que la batalla fuese ganada. Hablar de lo que habría ocurrido si Napoleón lo hubiera hecho es lo mismo que hablar sobre lo que ocurriría si el otoño se convirtiera en primavera. Eso no podía suceder. Napoleón no utilizó su Guardia porque no podía hacerlo, y no por falta de ganas. Todos los generales y oficiales y hasta los soldados del ejército francés sabían que no era posible hacerlo porque no lo permitía la desfalleciente moral del ejército.

<sup>9</sup> John Womack, *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, novena edición, 1978, 443 pp., capítulo XI: "Los zapatistas heredan Morelos" y epílogo: "Un pueblo conserva su fe", pp. 326-381.

<sup>10</sup> Liev Tolstoi, *Guerra y paz*, traducción de Lydia Kúper, Barcelona, Taller de Mario Muchnik, 2007, 1856 pp., pp.1188-1189.

No era Napoleón el único que experimentaba ese sentimiento, semejante a un sueño, del brazo levantado que cae inerte; todos los generales, todos los soldados del ejército francés, participantes o no en la batalla, con la experiencia de combates precedentes (en los que con un esfuerzo diez veces menor el enemigo había huido), tenían la misma sensación de horror ante ese enemigo que, después de haber perdido la mitad de sus efectivos, seguía tan amenazador como al principio. La fuerza moral del ejército francés, que era el atacante, estaba agotada. Los rusos no alcanzaron en Borodinó una de esas victorias que se miden con pedazos de tela atados a unos palos, a los que llaman banderas, o por el espacio que ocupaban y ocupan las tropas: consiguieron una victoria moral, la que convence al enemigo de la superioridad moral de su adversario y de la debilidad propia. [...]

Tras el golpe recibido, el ejército francés podía aún arrastrarse hasta Moscú. Pero allí, sin nuevos esfuerzos por parte de las armas rusas, debía perecer desangrándose por la mortal herida recibida en Borodinó. Resultado directo de la batalla de Borodinó fue la inmotivada huida de Napoleón de Moscú, la retirada por el viejo camino de Smolensk, la pérdida de un ejército de quinientos mil hombres y la caída de la Francia napoleónica, sobre la cual, por primera vez en Borodinó, se había alzado la mano de un adversario que la superaba por sus cualidades morales.

La experiencia militar, tal vez la sabiduría, del viejo mariscal Mijaíl Kutúzov fue decisiva en aquel septiembre de 1812, cuando el ejército francés ya había ocupado Moscú y el ejército ruso le ofreció batalla en Borodinó, pequeño pueblo a 110 kilómetros de Moscú. Derrotado, Napoleón tuvo que abandonar la ciudad capital y emprender la retirada a mediados de octubre.

Describe Tolstoi cómo medía el mariscal la moral y el ánimo de sus soldados en medio del incierto ardor de la batalla:<sup>11</sup>

Kutúzov, reclinada la cabeza blanca, con su pesado cuerpo desplomado en el mismo banco, cubierto por una alfombra donde aquella mañana lo había visto Pierre, no daba orden alguna; se limitaba a aceptar o rechazar las que le proponían.

"Sí, sí: que hagan eso", respondía a las diversas propuestas. "Sí, vete a verlo, querido", decía bien a uno, bien a otro de cuantos se acercaban a él: o bien: "No lo hagas, es mejor esperar".

Escuchaba los informes que llegaban; si daba alguna orden, era cuando así lo pedían los subordinados. Pero no parecía interesarse por el sentido de las palabras, sino sólo por la expresión de los rostros o el tono de la voz de

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 1168-1169; p. 1172.

los que hablaban con él. Su prolongada experiencia militar le enseñaba y su mente de hombre viejo le hacía entender que dirigir a cientos de miles que luchan con la muerte no lo puede hacer un hombre solo. Sabían bien que las batallas no se resuelven por las órdenes del general en jefe, ni por el sitio que ocupan las tropas, ni por el número de cañones ni por el de las bajas, sino por esa fuerza inasible que se llama espíritu y moral del ejército. Procuraba, pues, cuidar esa fuerza y guiarla hasta el límite de su poder.

La expresión general del rostro de Kutúzov era la de una atención tranquila y concentrada, que apenas podía dominar el cansancio de su cuerpo caduco y viejo. [...]

Y por ese vínculo misterioso, indefinible, que mantenía en todas las tropas el mismo estado de ánimo llamado “moral del ejército”, que constituye el nervio principal de la guerra, las palabras de Kutúzov y sus órdenes acerca de la batalla del día siguiente llegaron al mismo tiempo a todos los confines del ejército.

## 8.

Del alma de las batallas y la moral de los ejércitos, Liev Tolstoi salta a escudriñar lo que denomina “las leyes de la historia”. Durante la Revolución francesa, desde 1789 en adelante, “el curso entero de la vida cambia en algunos años”, anota: “¿Cuál fue la causa de ese movimiento y qué leyes lo rigieron?, se pregunta la razón humana”:<sup>12</sup>

Los historiadores que contestan a esa pregunta nos exponen los actos y los discursos de varias decenas de hombres en un edificio de París y dan a esos actos y discursos el nombre de revolución. Después nos presentan la biografía detallada de Napoleón y de otros hombres que le fueron hostiles o adictos; hablan de la influencia de algunos de esos hombres sobre otros y dicen: “He aquí por qué se produjo ese movimiento y estas son sus leyes”.

Pero la razón humana no sólo se niega a aceptar esa explicación, sino que nos dice abiertamente que el método seguido para explicarlo es falso, porque considera que el fenómeno más débil dio origen al más fuerte. La suma de las arbitrariedades humanas creó la revolución y a Napoleón; y sólo esa suma de arbitrariedades los soportó y aniquiló.

No son los héroes, ni los conquistadores, ni los grandes hombres quienes determinan esas violentas y repentinas transformaciones de las sociedades, las naciones, la vida de los pueblos, escribía allá por el año 1865 el conde ruso Liev Tolstoi:<sup>13</sup>

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 1195.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 1196-1197.

Cada vez que se pone en marcha una locomotora oigo su silbido, veo que la válvula se abre, que las ruedas giran, pero no puedo deducir por ello que el silbido y el movimiento de las ruedas sean la causa del movimiento de la locomotora. Dicen los mujiks, cuando la primavera llega retrasada, que el viento frío sopla porque los robles empiezan a retoñar; y, en efecto, cuando los robles retoñan en primavera sopla un viento frío.

Pero aunque yo ignore por qué sopla ese viento cuando retoñan los robles, prosigue Tolstoi, “no puedo creer como los campesinos que la causa de aquel viento sea el despuntar de las yemas en el árbol”.

Veo únicamente una coincidencia de condiciones como suele encontrarse en todo fenómeno de la vida, y me convengo de que, por más que observe la aguja del reloj, la



© Fototeca INAH / Casasola



Venustiano Carranza, Querétaro, 1916

válvula y las ruedas de la locomotora y las yemas del roble, jamás conoceré la causa del movimiento de la campana, de la locomotora y del viento primaveral. Para conseguirlo tengo que cambiar mi ángulo de observación y estudiar las leyes que rigen el movimiento del vapor, de la campana y del viento. Lo mismo debe hacer la historia, y ya se han hecho tentativas en ese sentido.

Para estudiar las leyes de la historia debemos cambiar del todo el objeto de estudio; olvidar a los reyes, ministros y generales y estudiar los elementos homogéneos e infinitamente pequeños que guían a los pueblos. Nadie puede decir en qué medida podrá el hombre comprender, valiéndose de ese método, las leyes de la historia. Pero es evidente que sólo por esta vía se encuentra la posibilidad de conocerlas, y que en esta empresa el espíritu humano no ha empleado todavía ni la millonésima parte de los esfuerzos hechos por los historiadores para describir los actos de los diversos reyes, jefes militares y ministros y para exponer sus propias consideraciones a propósito de esos actos.

Tal es el enlace en tiempos de guerras y revoluciones entre el estado de ánimo de los pueblos y la moral de sus ejércitos; un enlace que, como las vías ferrocarrileras, los sentimientos del pueblo y la suerte de las batallas, va y viene en ambos sentidos.

José María Morelos sabía de estas cosas cuando en Chilpancingo, el 14 de septiembre de 1813, leyó en público un escrito titulado *Los sentimientos de la nación* y

lanzó la revolución de la independencia. Para entonces hacía apenas un año que el destino de Europa, de Rusia y de Francia y su revolución se había jugado en la batalla de Borodinó.

Dicen que Napoleón dijo después: “La batalla más terrible de todas las que he librado es la que se combatió en las cercanías de Moscú. Los franceses se mostraron dignos de obtener la victoria y los rusos resultaron dignos de ser invencibles”.

A saber...

9.

Jorge Aguilar Mora escribió, allá por los años ochenta del siglo XX, un libro de historia hecho de historias por donde trascurren la Revolución mexicana y sus singulares sucesos y personajes: *Una muerte sencilla, justa, eterna*.<sup>14</sup> Entre ellos, por supuesto, Pancho Villa, figura inaprensible hasta en el capítulo sólo a él y a su enigma dedicado: “Ése que se llama Villa, ésos que se llaman Dorados”, que así concluye:<sup>15</sup>

Para terminar y para tratar de expresar la herencia más importante de Villa como caudillo sin tener que recurrir

<sup>14</sup> Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna*, Era, México, 1990, 439 pp.

<sup>15</sup> *Ibidem*, “Ése que se llama Villa, ésos que llaman Dorados”, pp. 145-157.

a las mismas categorías políticas que él rechazaba, no he encontrado otro término más voluntarioso que el de *mito*, según lo define Georges Sorel en *Réflexions sur la violence*. El mito soreliano no es un espacio del pasado, sino una fuerza que actúa en el presente desde el porvenir; es una *construcción* “de un futuro indeterminado en el tiempo”. No es una definición ni antropológica, ni simbólica, ni política: es una definición de intensidad, una definición de perspectiva, un horizonte que se define por ser horizonte, que tiene su fuerza porque es futuro en el presente. La relación de Sorel con Nietzsche parece, en este punto, innegable.

Y en este sentido Villa, al despedirse de sus tropas a mediados de diciembre de 1915, se convirtió en un mito, porque se postuló desgarradoramente como la perspectiva de nuestro presente, el futuro inherente a nuestro presente: “yo me retiro, les dije, mientras Carranza hace el gobierno, y me voy pobre, porque aunque he andado sobre los millones no me ha tentado la codicia. Quisiera de buena gana que este fuera el final de la lucha, que se acabaran los partidos políticos y que todos quedáramos hermanos, pero como por desgracia será imposible, me aguardo para cuando se convenzan ustedes de que es preciso continuar el esfuerzo, y entonces... nos volveremos a juntar”. Pero ¿se puede terminar con la despedida de Villa? ¿Hay manera de terminar con él? Nadie mejor que él y sus Dorados pudieron encarnar aquella memorable frase de Alfred de Vigny en el prefacio a su entrañable libro *Cinq-Mars*: “La historia es una novela cuyo autor es el pueblo”.

## 10.

Comenzó este recorrido por historias de batallas, de ejércitos y de “ese vínculo misterioso, indefinible, que mantiene en todas las tropas el mismo estado de ánimo llamado la moral del ejército, que constituye el nervio principal de la guerra”, según el decir de Liev Tolstoi en *Guerra y paz*.

Pero antes, en la dedicatoria de este escrito, apareció la voz de Álvaro Mutis: “*Los hombres —pensé— cambian tan poco, siguen siendo tan ellos mismos, que sólo existe una historia de amor desde el principio de los tiempos, repetida al infinito sin perder su terrible sencillez, su irremediable desventura*”.

Así también, me dije, las historias de guerras. El mismo Álvaro Mutis, que refirió varias y diversas, las condensó en una: “La muerte del estratega”. De este modo comienza el relato del poeta colombiano:

Algunos hechos de la vida y la muerte de Alar el Ilirio, Estratega de la Emperatriz Irene en el Thema de Lycandos, ocuparon la atención de la Iglesia cuando, en el Concilio Ecuménico de Nicea, se habló de la canonización de un grupo de cristianos que sufrieran martirio a manos de los

turcos en una emboscada en las arenas sirias. Al principio, el nombre de Alar se mencionaba junto con el de los demás mártires. Quien vino a poner en claro el asunto fue el patriarca de Laconia, Nicéforo Kalitzés, tras examinar algunos documentos relativos al Estratega y a su familia, que aportaron nuevas luces sobre la vida de Alar y alejaron cualquier posibilidad de entronizarlo en los altares. Finalmente, cuando se dieron a conocer en el Concilio las cartas de Alar a Andrónico, su hermano, la Iglesia impuso un denso silencio en torno al Ilirio y su nombre volvió a la oscuridad, de donde lo rescatara la ambición política de la Iglesia de Oriente.

Así promedia:

Como hombre de armas, Alar no poseía virtudes muy sólidas. Un cierto escepticismo sobre la vanidad de las victorias y ninguna atención a las graves consecuencias de una derrota, hacían de él un mediocre soldado. En cambio, pocos le aventajaban en la humanidad de su trato y en la cordial popularidad de que gozaba entre la tropa. En lo peor de la batalla, cuando todo parecía perdido, los hombres volvían a mirar al Ilirio que combatía con una amarga sonrisa en los labios y conservando la cabeza fría. Esto bastaba para devolverles la confianza y, con ella, la victoria. [...]

El Estratega aparecía de improviso en los puestos fortificados y se quedaba allí semanas enteras, revisando la marcha de las construcciones y comprobando la moral de las tropas. Se alojaba en los mismos cuarteles, en donde le separaban una estrecha pieza enjalbegada. Argiros, su ordenanza, le tendía un lecho de pieles que se acostumbró a usar entre los búlgaros. Allí administraba justicia, discutía con arquitectos y constructores y tomaba cuentas a los jefes de la plaza. Tal como había llegado, partía sin decir hacia dónde iba. De su gusto por las ruinas y de su interés por las bellas artes le quedaban algunos vestigios que salían a relucir cuando se trataba de escoger el adorno de un puente, la decoración de la fachada de una fortaleza o de rescatar tesoros de la antigua Grecia que habían caído en poder de los musulmanes. Más de una vez prefirió rescatar el torso de una Venus mutilada o la cabeza de una medusa, a las reliquias de un santo patriarca de la Iglesia de Oriente.

Así por fin termina cuando, en una audiencia de la Corte, a Alar el Ilirio se le apareció Ana Alesi, apenas llegada de la isla de Creta:

Siguiendo alguna observación del hermano sobre el esplendor de la Corte del Emir, la muchacha preguntó al Estratega: “Si has renunciado al lujo que impone tu cargo, debemos pensar que eres hombre de profunda religiosidad, pues llevas una vida al parecer monacal”. Alar

se la quedó mirando y las palabras de la pregunta se le escapaban a medida que le dominaba el asombro ante cierta secreta armonía, de sabor muy antiguo, que se descubría en los rasgos de la joven. Algo que estaba también en la máscara cretense, mezclado con cierta impresión de salud ultraterrena que da esa permanencia, a través de los siglos, de la interrelación de ojos y boca, nariz y frente y la plenitud de formas propias de ciertos pueblos del Levante. Una sonrisa de la muchacha le trajo de nuevo al presente y contestó: “Conviene más a mi carácter que a mis convicciones religiosas este género de vida. Por mi parte lamento no poder ofrecerles mejor alojamiento”.

Y así fue como Alar conoció a Ana Alesi, a la que llamó después La Cretense y a quien amó hasta su último día y guardó a su lado durante los postreros años de su gobierno en Lycandos.

Dos años más tarde las necesidades y obligaciones del Estado los separaron, y también las exigencias y campañas de la guerra. Alar reunió las tropas griegas, unos cuarenta mil soldados bajo su mando, “en las áridas montañas de Asia Menor”. Bajo un ataque de fuerzas turcas muy superiores, los griegos de Alar, apodado El Ilirio, quedaron desbordados: “Al primer claror de la mañana una lluvia de flechas les anunció su fin. [...] Los macedónicos atacaron enloquecidos y fueron aniquilados en pocos minutos por las cimitarras de los jenízaros. Unos cuantos húngaros y la guardia personal del Estratega rodearon a Alar que miraba impasible la carnicería. La primera flecha le atravesó la espalda y le salió por el pe-

cho a la altura de las últimas costillas”. Así “comenzó a llegarle la muerte al Estratega”:

Una gozosa confirmación de sus razones le vino de repente. En verdad, con el nacimiento caemos en una trampa sin salida. Todo esfuerzo de la razón, la especiosa red de las religiones, la débil y perecedera fe del hombre en potencias que le son ajenas o que él inventa al torpe avance de la historia, las convicciones políticas, los sistemas de griegos y romanos para conducir el Estado, todo le pareció un necio juego de niños. Y ante el vacío que avanzaba hacia él a medida que su sangre se escapaba, buscó una razón para haber vivido, algo que le hiciera valedera la serena aceptación de su nada, y de pronto, como un golpe de sangre más que le subiera, el recuerdo de Ana la Cretense le fue llenando de sentido toda la historia de su vida sobre la tierra. El delicado tejido azul de las venas en sus blancos pechos, un abrirse de las pupilas con asombro y ternura, un suave ceñirse a su piel para velar su sueño, las dos respiraciones jadeando entre tantas noches, como un mar palpitando eternamente; sus manos seguras, blancas, sus dedos firmes y sus uñas en forma de almendra, su manera de escucharle, su andar, el recuerdo de cada palabra suya, se alzaron para decirle al Estratega que su vida no había sido en vano y que nada podemos pedir, a no ser la secreta armonía que nos une pasajeramente con ese gran misterio de los otros seres y nos permite andar acompañados una parte del camino. La armonía perdurable de un cuerpo y, a través de ella, el solitario grito de otro ser que ha buscado comunicarse con quien ama y lo ha logrado, así

© Fototeca INAH / Casasola



Boda, 1910

sea imperfecta y vagamente, le bastaron para entrar en la muerte con una gran dicha que se confundía con la sangre manando a borbotones. Un último flechazo lo clavó en la tierra atravesándole el corazón. Para entonces, ya era presa de esa desordenada alegría, tan esquiva, de quien se sabe dueño del ilusorio vacío de la muerte.

## 11.

No podemos saber qué pensó y exclamó Pancho Villa aquel 20 de julio de 1923 cuando, en una emboscada, lo asesinaron a balazos en las calles del centro de Hidalgo del Parral, su ciudad preferida. “Parral me gusta hasta para morirme”, había dicho alguna vez. Y así fue.<sup>16</sup>

En la mañana del 20 de julio, tras pasar unos días en Parral y recoger un dinero, Villa decidió regresar a Canutillo. La víspera telegrafió a Piñón para pedirle que le enviara “tres quesos”. Era la clave para pedir tres miembros de su escolta que, según habían acordado cuando partió, le esperarían a las afueras de Parral. Se sentía completamente seguro en esa ciudad, que tenía una guarnición de varios cientos de soldados y cuyo comandante, Félix Lara, era un buen amigo. [...]

Villa estaba de buen humor. Iba manejando él mismo el coche y bromeando con su secretario y sus guardaespaldas. Al llegar a la esquina de Juárez y Barreda, un hombre que estaba allí parado levantó la mano para saludar y gritó: “¡Viva Villa!”, el viejo grito de la División del Norte. Ignoraba Villa que el grito que tantas veces lo había saludado en la batalla esta vez anunciaba su muerte. El hombre había sido enviado por los asesinos para vigilarlo; su grito y la mano levantada eran una señal para que los que esperaban en el departamento abrieran fuego cuando el coche llegara al crucero y disminuyera la velocidad.

Villa recibió nueve balazos y murió instantáneamente. Otro tanto ocurrió con Trillo, el chofer, y el asistente Daniel Tamayo. Tres miembros de la escolta quedaron heridos. Rafael Medrano, herido en el brazo y la pierna, logró salir del coche y tirarse debajo de él fingiéndose muerto, pero poco después lo descubrieron y lo mataron. Otros dos escoltas, Ramón Contreras y Claro Hurtado, pudieron huir hacia un puente cercano. Aunque gravemente herido, Contreras sacó la pistola y logró matar a uno de los asesinos antes de escapar. Resultó el único sobreviviente. Hurtado intentó bajar a la ribera del río, encontró la salida cerrada y fue muerto cuando regresaba. Más de cuarenta tiros alcanzaron el coche y como los asesinos utilizaron balas expansivas el efecto fue particularmente devastador. Tras asegurarse de que Villa estaba muerto, los asesinos se alejaron tranquilamente a caballo.

<sup>16</sup> Friedrich Katz, *op. cit.*, volumen 2, pp. 365-366.

Sabemos en cambio qué dijo en Chihuahua el general Felipe Ángeles el 24 de noviembre de 1919 cuando tuvo la decisión y la audacia de defender sus actos, sus ideas, su honor y su vida ante el Consejo de Guerra presidido por el general Gabriel Gavira. El juicio fue en el Teatro de los Héroes, repleto hasta los topes por un público favorable a ese militar villista que, ya se sabía, iba a ser condenado y fusilado.<sup>17</sup>

En el inicio del proceso el general Gavira preguntó al acusado si era verdad la información periodística según la cual había regresado a México como “presidente provisional de la República” y a este título era reconocido por Francisco Villa. Respondió el acusado: “Yo no admitiría ser presidente de México pues no tengo ni los conocimientos ni las facultades necesarias. Yo sólo he sido defensor acérrimo de los intereses sociales y desde tiempos del señor general Porfirio Díaz vengo luchando por la democracia, de la cual soy fanático”.<sup>18</sup>

El público recibió sus palabras con un gran aplauso. El general prosiguió:

A la prensa y al público en general, se les ha metido en la cabeza que yo soy “Presidente provisional” de Villa, como se les metió que era el jefe de la artillería de Villa. En los Estados Unidos, los periódicos, cuando llegan a referirse a mí, siempre dicen: “El jefe de la artillería de Francisco Villa”. Esta frase, al repetirse refiriéndose a mí, miles de veces, es mi eterna pesadilla.

Antes, cuando yo era un oficial, mis compañeros dieron en decir que yo era un matemático: Ángeles es un matemático; matemático, me decían unos; matemático, me decían otros... y aquella palabra fue mi obsesión, mi pesadilla. Parecíame que querían significar que era yo un viejo sabio de negras gafas, encorvado y cubierto con amplia bata negra... Matemático... Se les figuraba que yo no podía montar a caballo, dedicarme a la gimnasia militar, a las prácticas de guerra...

No, yo era un matemático y nada más... Después les dio por llamarme artillero... yo era solamente un artillero, y no un oficial, ni un matemático... Los oficiales del Estado Mayor decían que yo no tenía conocimiento alguno de táctica, que sabía nada de técnica, que desconocía la guerra... que yo era solamente un artillero...

Así pasa ahora, soy el Presidente y así lo dicen todos....

En esa hora última defendía y explicaba el general, tal vez para sí mismo antes que para la historia, el público o los jueces, el significado de sus actos y el sentido de su vida. Como en tales trances suele suceder, antes de refutar las sinrazones por las cuales iba a ser

<sup>17</sup> Rubén Osorio, *art. cit.* Ver también Álvaro Matute, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, Domés, México, 1982, 380 pp., pp. 243-327.

<sup>18</sup> Rubén Osorio, *ibidem*, pp.164-165.



Francisco I. Madero, 1912

condenado venían en tropel a su mente antiguas mezquindades, envidias e intrigas de sus rivales en el Colegio Militar, en el Ejército Federal, en el Ejército Constitucionalista, hasta en la misma División del Norte. Pues los ejércitos son corporaciones tanto como las Iglesias, los partidos, los gobiernos, las sectas y otros grupos humanos en busca de poder, una ambición cuyo antídoto es la generosidad del alma y el propio sentido del honor.

Palabras estas demasiado grandes y en veces ampulosas, pero así arriesgan ser las explicaciones de una sencilla cualidad humana que se llama decencia, cuya norma primera cabe en cuatro palabras: “eso no se hace”. Para su deshonor, el Consejo de Guerra y sus mandantes y cómplices estaban violando esa norma y lo sabían. “Temamos a la historia”, dicen que decía José María Morelos, el Generalísimo.

12.

En la madrugada del día 26 de noviembre de 1919, horas antes de ser conducido ante el pelotón de su fusilamiento, el general echó un breve sueño y escribió después una sencilla carta. Desde su tierra de Chihuahua así lo recordó nuestro historiador Rubén Osorio:<sup>19</sup>

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 195-196.

Pasadas las tres y media de la mañana, dijo que deseaba dormir un poco y así lo hizo por un buen rato. Luego se levantó y escribió una pequeña carta de despedida para su esposa, Clara Krause, que se encontraba con sus hijos en Nueva York. Escribió entonces lo que sigue:

26 de noviembre de 1919.

En el cuartel del 21° Regimiento, Chihuahua.

Adorada Clarita:

Acabo de dormir algunos cuantos momentos. Estoy acostado descansando dulcemente. Oigo murmurar la voz piadosa de algunos amigos que me acompañan en mis últimas horas. Mi espíritu se encuentra en sí mismo y pienso con afecto intensísimo en ti, en Chabela, en Alberto, en Julio y en Felipe. Hago votos fervientes porque conserves tu salud y por la felicidad de Chabela. Tengo la más firme esperanza de que mis hijos sean amantísimos para ti y para su patria. Diles que los últimos instantes de mi vida los dedicaré al recuerdo de ustedes y les enviaré un amantísimo beso para todos.

Felipe.

A las seis con cuarenta y cinco minutos una descarga de diez fusiles, que apuntaron al cuerpo y no a la cara, terminó con la vida de Felipe Ángeles, el Estratega. **U**